

Día, redondo día

Ocurrió un sábado de finales de agosto. De eso me acuerdo bien porque el lunes siguiente entraría a la secundaria y aún no me compraban el uniforme.

Mamá y yo salimos de casa temprano con la esperanza de que hubiera poca gente en la tienda, pero cuando llegamos el lugar estaba a reventar. Tuvimos que abrirnos paso a codazos entre los clientes. Por lo visto aquellas personas también habían esperado hasta el último momento para adquirir el uniforme de sus hijos. Todos iban de un lado a otro revolviendo la ropa de los exhibidores, discutiendo con los empleados y arrebatándose la mercancía.



Fue un lío conseguir prendas de mi talla. Las dos blusas y los tres pares de tobilleras blancas estaban bien, pero la única falda que encontramos me quedaba enorme (era dos números más grande) y el suéter tenía el escudo de otro colegio. Protesté. Le dije a mamá que no iría a la secundaria vestida así. Ella me respondió que no fuera exigente, que con un par de costuras

arreglaría la falda. Y, en cuanto al suéter, nadie se iba a fijar en esa insignificancia. Preferí quedarme callada; respiré hondo y conté hasta diez en silencio para tranquilizarme, aunque ya sé que eso no sirve de nada.

La fila para pagar era larguísima. Nos tomó casi dos horas llegar a la caja. Cuando al fin estuvimos ante la ventanilla, mamá comenzó a buscar su monedero. Buscó dentro de su bolsa durante varios minutos, pero el monedero no aparecía. Entonces recordó que lo había dejado en casa, sobre la mesita del teléfono. La gente de la fila se impacientaba. Todos lucían cansados y de mal humor.

Mamá sacó su tarjeta y se dispuso a pagar con ella. Sin embargo, la tienda sólo aceptaba tarjetas de crédito, no de débito. Discutió con el empleado, pero fue inútil. Algunas personas comenzaron a mostrar su enojo, así que nos vimos obligadas a salir de la fila. En esta ocasión fue mamá la que respiró hondo y contó hasta diez, aunque también sabe que no sirve de nada. ¿Qué podíamos hacer? ¿Ir a casa por el dinero?



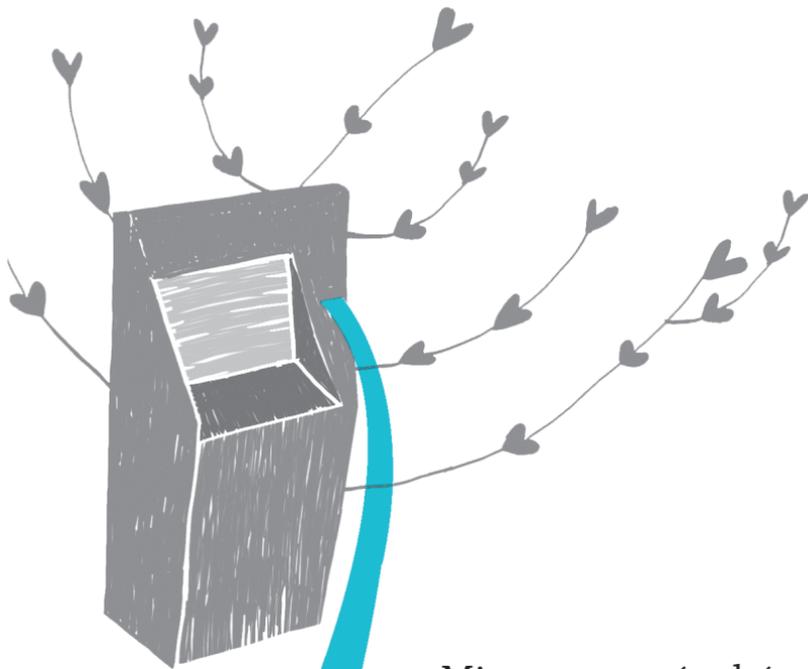
Habíamos perdido horas en la tienda y ahora perderíamos otra más en el traslado.

Existía una solución más sencilla: sacar dinero de un cajero automático. Un empleado de la tienda nos informó que había uno muy cerca. Tardaríamos menos de cinco minutos en ir y regresar. Así pues, dejamos encargadas las prendas que habíamos elegido y salimos a la calle.

Resultó que el cajero automático no estaba tan cerca como nos dijo el empleado. Caminamos tres largas cuadras antes de dar con él. Hacía calor y estábamos cansadas.

Era un cajero como cualquier otro: una consola azul con su teclado y una pequeña pantalla. Estaba dentro de una cabina transparente afuera de un banco. Entramos. Mamá sacó la tarjeta de la bolsa, la introdujo por la ranura y tecleó su NIP. A continuación eligió una cantidad y presionó la tecla “aceptar”. El aparato emitió algunos clics, varios clacs y tres largos brrrrbrrrrs. Finalmente se abrió la ventanita a través de la cual se supone que salen los billetes.

Dije “se supone” porque lo que salió no fue dinero, sino un papelito alargado con algo escrito. Muy extrañada, mamá lo tomó para leerlo. En su rostro se dibujó una expresión de desconcierto. Permaneció inmóvil, como tratando de entender lo que ocurría. Luego lanzó un bufido, hizo una bolita con el papel y lo arrojó al suelo con fastidio.



Mientras mamá volvía a presionar las teclas del cajero, me incliné para recoger el misterioso papel. Lo desarrugué y leí:

*¡Día, redondo día, luminosa
naranja de veinticuatro gajos,
todos atravesados por una
misma y amarilla dulzura!*

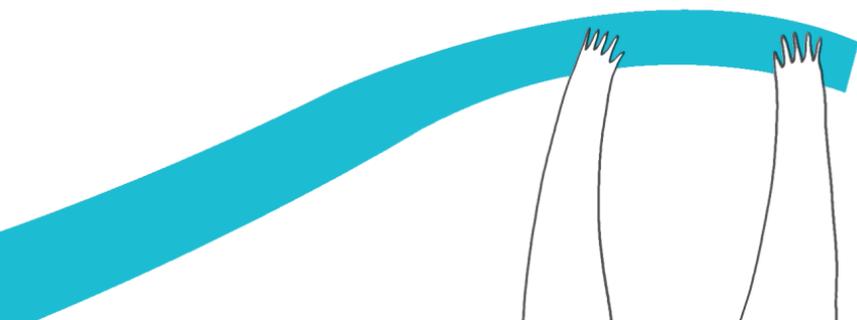
Octavio Paz

No supe qué pensar. ¿Era una broma? En aquella época no sabía quién era Octavio Paz. Volví a leer varias veces la frase. La encontré hermosa. Me gustaba la idea de un día redondo como una naranja. Pero ¿por qué había salido de un cajero automático?

Mamá volvió a presionar la tecla “aceptar”. El cajero emitió sus clics, sus clacs y sus largos brrrrbrrrrs, y expulsó otro papelito. “¡Esto es una burla!”, exclamó furiosa después de leerlo y le dio un par de patadas al cajero. El calor y la fatiga la habían puesto de pésimo humor. Cuando estaba a punto de arrojar también el nuevo papel al piso se lo quité de las manos para leerlo:

*Te amo más allá de puertas y esquinas
de trenes que se han ido sin llevarnos.*

Homero Aridjis



También esas palabras me gustaron. Había algo extraño en ellas. Aunque no comprendía bien su significado (¿qué tenían que ver las “puertas” y las “esquinas” con el hecho de amar a alguien?), me hicieron sentir rara, como si estuvieran diciéndome algo importante en un idioma misterioso; un idioma extranjero que, sin embargo, seguía siendo español.

Salimos de la cabina. Mamá quiso entrar al banco ubicado junto al cajero para quejarse, pero como era sábado el lugar estaba cerrado.

Solamente teníamos dos opciones: buscar otro cajero o regresar a casa por el dinero. Mamá prefirió la segunda posibilidad. Una vez allí tomaríamos un taxi para trasladarnos a la tienda de uniformes.

Antes de partir, propuse que hiciéramos un nuevo intento con el cajero. No es que creyera que esta vez sí iba a funcionar. Lo que en realidad quería era seguir leyendo aquellas frases. “Por favor, sólo una vez más”, supliqué.

Mamá no estaba de humor, dijo que no serviría de nada, pero al final accedió a mi petición,